

4. Carta P. C. a Adelaida, 30 de abril de 179

Señorita y M.Q. hija en N.S.

P(ax) Ch(risti)

Acabo de recibir una carta de París que me informa que siete personas, tanto Sacerdotes como clérigos, han entrado en la Asoc. De los pobres Sacerdotes de Jesús (1)... Pero me añaden que no sucede lo mismo con la de María. Las que ya se habían asociado están dispersas, porque la comunidad de las Miramiones (2), donde se habían retirado, fue dispersa. Es verdad que dicen que habría muchas personas que serían adecuadas y estarían dispuestas a entrar en esta Sociedad, pero se necesita una persona para guiarlas, formarlas, etc., y esa persona no se encuentra. Yo estoy persuadido de que la primera de estas noticias le dará gusto, y voy a comunicarle mis reflexiones sobre la segunda.

Es en París, me parece, donde deben comenzar ambas Sociedades.

De allí viene el mal, de allí debe venir también el remedio al mal. El bien que se haga en la capital se propagará fácilmente a las provincias, allá es donde se encontrará más medios y recursos para hacerlo, y se podrá proceder de una manera más secreta y más segura, hasta que llegue el tiempo de hacerlo más abiertamente y que la obra de Dios sea bastante sólida, esté bastante extendida para no tener que temer la plena luz.

Ha llegado el momento de emprender algo grande por el Señor. La magnitud de los males que sufre la religión, los males aún mayores que nos amenazan y que son como una consecuencia natural de los que se sufre actualmente, piden y se solicita una pronta ayuda. Debemos salvar con nosotros del naufragio al mayor número de personas que podamos. Es el medio más seguro para asegurar nuestra propia salvación, y no podemos hacer más agradable a nuestro divino maestro. Le diré que El lo desea que espera de nuestro amor; que podamos pensar con razón que ese es el objetivo de tantas gracias que nos ha dado; que sí, por falta de valor o de confianza, y por temor a los trabajos y peligros, rehusáramos secundar sus adorables designios, eso sería en nosotros una infidelidad condenable que enfriaría Su amor por nosotros y nos haría incapaces de recibir los dones que su bondad nos destina. Estoy convencido de ello en lo que a mí me respecta. Aunque no recibo en mí, donde quiera me mire, nada que me persuada de que puedo emprender algo grande de Dios, me consideraría muy infiel si no hiciera por mi parte todo lo que de mí dependa para responder a designios que están muy por encima de mis fuerzas pero que me parece viene de Él.

Y usted, señorita y muy querida hija, ¿qué piensa de usted misma? ¿Cuáles son sus sentimientos? ¿Puede usted pensar, puede decir que Dios no le ha dado grandes gracias? ¿Puede usted pensar, puede decir que Dios no le ha dado grandes gracias? ¿Qué N.S. no la ha prevenido desde la infancia con sus más dulces bendiciones? ¿Qué no la ha instruido en sus caminos, y dirigido por los senderos de la justicia, por medio de sus ministros? ¿No le ha inspirado desde largo tiempo el deseo de la perfección, y el de trabajar por la de los

demás? Si no ha permitido que se consagre a Él en el Claustro, le ha mostrado el medio de hacerlo en medio del mundo. Le ha dado la gracia. Su comportamiento con UD, en estos últimos tiempos, el cuidado que ha tenido de desapegarla de todo, de estrechar más y más los lazos que la unían a Él, ¿son gracias que deben permanecer improductivas, o que deben fructificar sólo para usted ?. Dilate su corazón. Dé libre curso a sus deseos, o más bien, reanime en usted los que la Bondad divina le ha inspirado con frecuencia. Deseo hacerlo todo, sufrirlo todo para ganar algunas almas para Jesucristo.

Olvídese usted misma; no detenga tanto sus miradas sobre su debilidad y sus miserias; piense en Aquel cuyo brazo todopoderoso la sostendrá si fija su mirada en El en lugar de mantenerla fija en usted misma.

¿Adivina usted ahora cuál es la que creo escogida por Dios para procurar a su Santa Madre un gran número de hijas queridas? Es preciso que tenga un gran deseo de su perfección y celo por la de los demás. Que esté dispuesta a sacrificarlo todo para procurar la una y la otra: que esté desprendida de los bienes de la tierra y de la vanidad del mundo; que le guste hablar de Dios con los pobres, que sin haber sido religiosas, conozca las obligaciones y la práctica de los consejos evangélicos. En lo natural, es preciso que tenga prudencia, pero no la del mundo; que tenga flexibilidad de espíritu, que sepa acomodarse a los diferentes espíritus para ganarlos a todos a Jesucristo. Que no tema el propio esfuerzo, que tenga algunos recursos espirituales y alguna experiencia en las cosas ordinarias de la vida. Todo eso lo encuentro en una persona que el Señor me envió hace ya algunos años y cuya perfección deseo sinceramente.

A esa persona creo poder decirle que es el instrumento del cual Dios quiere servirse para la realización de sus designios. No le diré que tiene todas las cualidades necesarias para eso, pero puedo asegurarle que, si no le falta la buena voluntad, Dios suplicará abundantemente todo lo demás. Sólo en el momento en que los Apóstoles empezaron su misión. El los cambió en otros hombres. Así es como actúa a menudo con nosotros, sobre todo para las obras que no están en el orden común de la Providencia. Él quiere que nos dispongamos tanto como nos sea posible y que sin prever demasiado las dificultades futuras, hagamos en el presente lo que su luz nos indica. Y cuando se presenten las dificultades, Él nos armará y nos revestirá con Su fuerza para superarlas. La persona de la cual le habló está aún demasiado en lo sensible, no confía bastante en la fe, lo que hace que caiga fácilmente en las perplejidades en las que el demonio trata de enredarla por las sutilizas que presenta a su espíritu, lo que la perjudica mucho y le impide avanzar en los caminos de Dios.

Pero Dios le ha dado docilidad, y esa virtud, apoyará por las gracias que serán la recompensa de su fidelidad, disipará (3) esos obstáculos que la detienen y la hará triunfar de ellos. do al Señor.

Sin embargo, no quiero prescribir ni mandar nada de esto. Que el alma se sondee a sí misma, que sondee sus disposiciones después de haber consultado al Señor. No dudo de que el Espíritu Santo, que se comunica a los humildes le dará a conocer lo que espera de ella y lo que ella puede hacer como más conforme a Su Voluntad. Si esa alma, como supongo, quiere abandonarse a Su dirección y no tiene otro deseo cumplir Su santa voluntad, no dudo en absoluto de que El pondrá en ella las disposiciones que exigen los

designios que sobre ella tiene. Por esas disposiciones, el intérprete de las voluntades del Señor para con ella podrá dárselas a conocer de una manera más segura.

Le escribo esto desde el campo, a fin de que tenga más tiempo para reflexionar sobre ello, y porque podría suceder que mañana, cuando vaya a la Cruz, no tenga bastante tiempo para explicarme con usted. Sin embargo, será preciso que le comunique mis arreglos.

El Sr. Barpetri desea que se le envíen herramientas adecuadas para su oficio. Le piden catecismos, imitaciones, etc... algunas imágenes, sobre todo de San Pedro... A mí me pide Biblia inglesa...

Desearía las variaciones (4) de Bossuet...me señala que puede haber de estas prendas donde la Srta. Le Breton, lencera, plaza del viejo Mercado pero que no todas serán útiles. Le presenta sus muy humildes respetos.

Es la semana próxima, no sé qué día, cuando el viajero se va a la isla (5). Estará poco tiempo, porque lo urgen a volver a París, lo que no cree poder hacer sino en cinco o seis semanas.

Quedo, muy Q(uerida) H(ija),

Muy unido a usted en N(uestro)S(eñor)

Des... (firma cubierta por Jesús María)

- (1) Tal vez era ése, en su origen, el nombre de la Asociación.
- (2) Las Hijas de Sta. Genoveva o Miramiones, del nombre de su fundadora la Sra de Miramion (1661) enseñaban y cuidaban a los enfermos gratuitamente. Ellas fueron dispersas por haber rehusado el juramento exigido a las religiosas enseñantes.
- (3) La corrección gramatical exige el singular: disipará- hará, a pesar del plural del manuscrito.
- (4) Historia de las Variaciones de las Iglesias protestantes (1688) (Bossuet).
- (5) El viajero es el mismo P. de Clorivière que parte Jersey.